



De rodillas por sus hijos

El Cura Valera, un cura de Ars español

+ Ginés García Beltrán

Obispo de Getafe

Hablar del beato Salvador Valera Parra, el Cura Valera, nunca ha sido para mí un simple ejercicio de memoria histórica. Desde niño, su figura ha estado entrelazada con mi propia vida, como si su sombra luminosa hubiera acompañado mis pasos por las mismas calles donde él nació. Para muchos es un sacerdote admirable; para mí, hijo también de Huércal-Overa, es un paisano querido, un rostro familiar que ha marcado mi fe y ha modelado silenciosamente mi vocación. Presentarlo ahora a vosotros, queridos diocesanos, no es un deber, sino un acto de cariño y gratitud hacia alguien que siempre ha sido una referencia cercana para mí.

El cura Valera nació un 27 de febrero de 1816 en el mismo pueblo donde yo aprendí a rezar, a jugar y a soñar. Creció en el seno de una familia humilde y trabajadora, en un ambiente donde la fe se respiraba como el aire limpio. Siempre he imaginado a aquel niño caminando por las mismas calles que yo recorrí, compartiendo la misma luz, la misma tierra, la misma manera sencilla de entender la vida. Su vocación brotó en ese entorno humilde, sostenida por el sacrificio de sus padres; ya huérfano, y con el apoyo de sus hermanos, fue al Seminario de san Fulgencio, en Murcia, primero como alumno externo, confiando más en Dios que en sus propios recursos. Allí se formó con austeridad y entrega hasta ser ordenado sacerdote en 1840.

Su ministerio lo llevó por distintos lugares de la diócesis de Cartagena, a la que pertenecía nuestro pueblo. En Alhama de Murcia dejó una huella tan profunda que su marcha fue llorada como la de un hijo. En Cartagena, como párroco en santa María de Gracia, afrontó desafíos enormes con la serenidad de quien sabe que la fuerza viene de Cristo. Sin embargo fue, en su regreso a Huércal-Overa en 1868, donde su vida alcanzó su plenitud. Allí vivió hasta su muerte en 1889, convirtiéndose en ese «Cura Valera» del que mis abuelos y mis padres hablaban, con un respeto y devoción, que esta figura formaba parte de mi vida con un verdadero cariño familiar.

Mi propia vocación no puede separarse de su presencia. Crecí escuchando historias sobre su caridad con los pobres, su valentía en tiempos de epidemias, su paciencia infinita en el confesonario, su austeridad radical. No eran relatos lejanos: eran parte del alma de mi pueblo, parte de mi propia educación espiritual. Sin darme cuenta, él me enseñó qué significa ser sacerdote: vivir para los demás, ser fiel en lo pequeño, dejar que la oración sea la raíz de todo, confiar en la gracia que actúa en silencio. En su vida comprendí que la grandeza del sacerdote no está en lo que posee, sino en lo que entrega.

Su beatificación, celebrada el 7 de febrero de 2026, no es solo un honor para Huércal-Overa, sino un regalo para toda la Iglesia. Su vida es un modelo actual porque vivió lo esencial: cercanía con los que sufren, misericordia con los pecadores, oración constante, humildad profunda y entrega generosa. En un mundo que corre sin rumbo, él nos recuerda que la vida se llena cuando se da.

Cada vez que vuelvo a mi pueblo y rezo en su tumba, en la iglesia, siento que sigue acompañándonos. Su ejemplo me sostiene, me corrige y me anima. Y deseo que muchos más descubran en él lo que yo he encontrado desde niño: un amigo, un maestro, un hermano mayor en la fe. Porque el Cura Valera no fue un héroe de epopeyas, sino un hombre de Dios. Y eso, para nosotros, hijos de su misma tierra, lo hace inmensamente grande. ■



IVÁN JAQUES — DIÓCESIS DE GETAFE



La beata Juana de la cruz y el beato Salvador Valera, dos modelos para la juventud contemporánea. La primera hace poco más de un año que fue elevada a los altares. El segundo, hace pocos días en la localidad almeriense de Huércal-Overa. Un acontecimiento recogido también en este número. Los jóvenes de la diócesis volvieron a rezar junto a su obispo en una nueva OCEO, esta vez en el santuario de Santa María de la Cruz en Cubas de la Sagra. Desafiaron al mal tiempo, la distancia, los baches y socavones en los accesos. Y un final por todo lo alto: la veneración de las reliquias de la 'santa Juana'

Nota del director

La de Getafe es una de las diócesis más grandes de España, y no para de crecer, en todos los sentidos. En población, sí, pero también en iniciativas concretas o acontecimientos como los que mostramos en este número. Por no hablar de cómo la fe vivida en la parroquia permite abrazar la cruz de la enfermedad e incluso admirar con otros ojos el patrimonio religioso del sur de Madrid. La beatificación del almeriense Salvador Valera —estrechamente relacionado con nuestra diócesis— ha marcado los últimos acontecimientos de la Iglesia en nuestro país, y hemos sido testigos de ello. Este número es, en definitiva, una invitación, a adentrarnos en la Cuaresma con espíritu renovado, a dejarnos interpelar por lo que el Señor nos pide hoy y a prepararnos, con corazón vigilante y esperanzado, para la cada vez más cercana Pascua.

este mes
destacamos:

Edita: Servicio Diocesano de Comunicación (SECOM)
Obispado de Getafe.
C/Averroes, 9
28903 Getafe

Director:

Álvaro de Juana

Redactora Jefe:

Paloma Fernández Arias

Colaboran en este número:

Fray Aquilino Castillo OFM,

Hugo Luquero,

Andrés Álvarez,

José Luis Méndez,

Carmen Álvarez Cuadrado

Ramón García Saavedra,

Luis Manuel Vallecillos y

Tiziana Valendino

Diseño y maquetación:

Antonio Jesús Marcos

Realización: OBISPADO DE GETAFE

Impresión: Campillo Nevado

Dep. Legal: M-39082-1992

ISSN: 1133-8350

Tfno. 91 696 17 65

Email:

comunicacion@diocesisgetafe.es

09

Susana Moratilla, padece dos enfermedades genéticas. A pesar de ello, no deja de bendecir a Dios

11

¿Para quién eres? Una pregunta que transforma la vida: consagrados en la diócesis de Getafe

14

El pueblo que sabía que tenía un «santo» entre ellos

17

Entrevista a Antonio Roura: «Ignorar la IA sería dejar a nuestros jóvenes sin brújula»

PAÐRE
DE TODOS

Vivir la alegría en la Cuaresma



José María Avendaño Perea

Obispo Auxiliar de Getafe

Cuando pensamos en la Cuaresma, a veces la asociamos casi exclusivamente con el esfuerzo, la renuncia o el silencio penitencial. Y, sin embargo, en el corazón mismo de este tiempo litúrgico late una alegría profunda, serena y firme, que no nace de la superficialidad sino del encuentro con Cristo que nos espera. La Cuaresma no es un camino triste hacia la Pascua, sino un itinerario de esperanza que nos conduce, paso a paso, a la vida nueva que Dios quiere regalarnos, en la Pascua.

La alegría cristiana no es una emoción pasajera, sino un fruto del Espíritu. Brota cuando dejamos que el Señor nos mire, nos ame y nos levante. Por eso la Cuaresma es, ante todo, un tiempo favorable para dejarnos reconciliar con Dios. En el sacramento de la penitencia experimentamos que no somos definidos por nuestras caídas, sino por la misericordia que nos vuelve a poner en pie. Allí nace una alegría humilde, agradecida, profundamente liberadora.

En nuestra diócesis de Getafe, tan rica en parroquias vivas, familias que luchan, jóvenes que buscan sentido y personas que cargan con cruces silenciosas, esta alegría cuaresmal se concreta en gestos sencillos: una oración hecha con fidelidad, una visita a quien está solo, una palabra de ánimo, una limosna ofrecida con discreción. Son pequeñas semillas de Pascua sembradas ya en el surco del hoy.

La oración, por su parte, nos introduce en la intimidad con el Señor. En el silencio cuaresmal, Dios habla al corazón y lo consuela. Allí descubrimos que no estamos solos en nuestras luchas y que la cruz, unida a Cristo, se convierte en fuente de vida. Esa certeza es una de las alegrías más hondas que puede experimentar un creyente.

El ayuno, cuando es vivido con amor, también se convierte en fuente de alegría. No se trata de un mero ejercicio de voluntad, sino de una forma de recordar que Dios es nuestro verdadero alimento. Al desprendernos de lo superfluo, el corazón se ensancha para acoger lo esencial. Así aprendemos a alegrarnos con lo que somos y con lo que recibimos, sin vivir atrapados por la ansiedad de tener siempre más. La limosna, como nos enseñaba san Juan Crisóstomo:



JOSÉ MARÍA AVENDAÑO PEREA

«es el ala de la oración; si no le das alas a la oración no volará». Es necesario alimentar el amor y las convicciones más profundas, y eso se hace con gestos.

La Cuaresma nos educa, por tanto, en una alegría que no huye del dolor, sino que lo atraviesa con fe. Caminamos hacia la Pascua no como quien soporta una carga, sino como quien espera un encuentro. Que en nuestra diócesis sepamos vivir estos días con un corazón sencillo, confiado y abierto, para que la luz de Cristo resucitado vaya creciendo ya en medio de nosotros. Porque quien se deja amar por Dios, incluso en el desierto, nunca pierde la alegría.

Que la Virgen María, Nuestra Señora de los Ángeles, nos arrebujé. ■

Las cinco Cuaresmas de San Francisco

La tradición de la Iglesia nos dice que san Francisco de Asís tuvo su *tránsito* la noche del 3 al 4 de octubre de 1226. Ocho siglos después, el santo Padre, León XIV, ha convocado un año jubilar, invitándonos a todos los fieles a «seguir el ejemplo del santo de Asís, convirtiéndonos en modelos de santidad de vida y testigos constantes de paz». Por motivo de este jubileo, las reliquias de san Francisco serán expuestas a pública veneración en Asís, durante el mes de marzo.

No todos podremos viajar a visitarlas, por eso, la indulgencia que comporta el jubileo puede ganarse en iglesias franciscanas, con los requerimientos habituales: confesión, eucaristía y orar por las intenciones del santo Padre, signos de comunión eclesial.

Pero, siguiendo las indicaciones del Papa, «seguir el ejemplo del santo de Asís...» sería bueno recordar que este tiempo de Cuaresma era un momento privilegiado por *Il Poverello*, quien realizaba cinco cuaresmas al año.

La primera, desde el Miércoles de Ceniza hasta la Pascua del Señor. La segunda, desde la fiesta de Todos los Santos hasta la vigilia de la Navidad. Ambas, son requeridas a su Orden para ser celebradas obligatoriamente, como consta en la Regla Bulada (RB. III, 6).

Él, además, vivía otros tres momentos de observancia cuaresmal: la cuaresma «*Benedetta*», desde la Epifanía al Miércoles de Ceniza, lo recuerda la Regla no Bulada (RnB. III, 11) la primera Regla aprobada para su revisión por el Papa Honorio III, pero sin Bula. En cuanto a esta cuaresma, san Francisco dice: «y quien la observe, sea bendecido (*sia benedetto*), de ahí el nombre».

La cuarta era la que iniciaba tras la festividad de los santos Pedro y Pablo, el 29 de junio, señalando la comunión con la Iglesia y su oración por el Papa y la jerarquía eclesial. Esta cuaresma finalizaba en la fiesta de la Asunción de María, el 15 de agosto. Así, mostraba su inefable amor por María, quien «nos había dado a su hijo como hermano, siendo ella, además, abogada suya y de todos sus hermanos». Esta cuaresma, y la *Benedetta*, quedan descritas en la Biografía que san Buenaventura preparó sobre Francisco, *la Legenda Mayor* (LM IX, 2-3).

La última, desde la fiesta de la Asunción, hasta la de san Miguel, el 29 de septiembre. Esta cuaresma, escribe san Buenaventura, era dedicada al arcángel, con especial amor y devoción, por ser él quien presentaba las almas a Dios.

En este jubileo no se nos pide ayunar esos casi 200 días al año; pero sí resulta interesante pararnos a reflexionar, cómo una persona sencilla nos ayuda a entender que la vida espiritual no es cuestión de capacidades especiales, sino en saber detenerse y hacer un lugar en el corazón a Dios. Ofrecer la oportunidad de dedicarnos un tiempo de silencio, de oración para fortalecer nuestra relación con Dios. Para poder escucharlo en nuestro silencio, para, como Francisco, tratar de configurarnos con Cristo, para ser, como dice el Papa León, «modelos de santidad» y, sobre todo, «testigos constantes de paz». ■



Fray Aquilino Castillo OFM

Capellán del Hospital del Tajo y
fraile de la Custodia de Tierra Santa

Un oasis donde las madres vuelven a ser ellas mismas y rezan por sus hijos y nietos

Hugo Luquero



Grupo La Saleta junto al párroco Álvaro Ojeda

La maternidad es, por definición, un acto de entrega constante. Un «darse» continuo, sin horarios ni festivos, que a menudo deja poco espacio para el «recibirse». En medio de la vorágine de pañales, estudios, extraescolares y trabajo, muchas mujeres sienten que su fe y su propia identidad quedan relegadas a un segundo plano. Sin embargo, en parroquias como santos Justo y Pastor en Parla, Nuestra Señora de La Saleta, en Alcorcón, o san Juan de Ávila, en Móstoles, grupos de mujeres han decidido detener el reloj para descubrir que ser madre o abuela, vivido en comunidad y a la luz de la fe, deja de ser una carga solitaria para convertirse en un verdadero oasis.

De la soledad a la hermandad

«La fe vivida en soledad es demasiado frágil», advierte Montse desde el grupo de La Saleta. Su experiencia es el testimonio vivo de cómo Dios actúa en la dificultad: el grupo nació en plena pandemia del Covid-19, cuando

las mascarillas ocultaban los rostros, pero no las miradas. «Nunca imaginé que la mirada pudiera transmitir tanto», recuerda. Aquella intuición inicial se ha multiplicado, convirtiéndose hoy en un espacio vital para «resistir y perseverar».

Esa necesidad de conexión es el hilo invisible que une a todas. En Parla, el grupo Condesas nació para

Estos ratos son un
«regalo necesario para
volver a la fuente»,
un paréntesis
para dejarse sostener
por el Señor



Haydee participa en el grupo Condesas de Parla



El grupo de Condesas en uno de los encuentros semanales en Parla

acercar a la Iglesia a madres de primera Comunión y ha madurado hasta convertir a muchas, como Mar, en abuelas. «Aunque con edades y procedencias diversas, tenemos en común la fe», explica. Para Haydee, peruana y miembro del mismo grupo, la acogida fue providencial: «He encontrado hermanas, confidentes, una verdadera familia. Aquí te puedes mostrar tal cual eres, sin mascarillas ni filtros, porque te sientes amada». Se reúnen cada martes. Comienzan celebrando misa, después rezan Laudes y a continuación desayunan todas juntas en los salones parroquiales. Tras el café y algo de dulce y salado, llega la formación.

Más allá de la puerta del colegio

¿Qué distingue estas reuniones de las charlas habituales en el parque o a la salida del colegio? La diferencia es la profundidad. «En el colegio, más allá del saludo, se habla del tiempo o de cuánto tardan los niños en salir», apunta Magali, de Alcorcón y madre de dos hijos ya mayores. En la calle, las conversaciones suelen estar marcadas por «la preocupación y el estrés por el mañana, el empleo y los hijos», confiesa Ángela.

Dentro de la parroquia, el guión cambia radicalmente. «Aquí hay conversaciones sinceras, nos preocupamos y oramos unas por otras», dice Magali. No

«Aunque con edades y procedencias diversas, tenemos en común la fe»



Ángela y su familia

es que los problemas desaparezcan, es que se iluminan. Siguiendo la enseñanza de la madre del beato Carlo Acutis que Montse tiene muy presente, en estos grupos «aprendemos a mirar la vida —y la maternidad— con los ojos de la fe». Ángela lo confirma: «Encuentro paz para el vivir diario y la esperanza de que, con Dios, todo tiene solución».

Formación: alimento para el camino

Pero estos grupos no son solo un café entre amigas; son verdadera escuela de discipulado. En Parla, la jornada combina lo humano y lo divino: comienza con la Eucaristía y Laudes, sigue con un desayuno lleno de



Magali con sus hijos

risas y cumpleaños, y culmina con la catequesis. «Con la ayuda de nuestros sacerdotes nos formamos y crecemos», señala Mar, quien define la vida de fe como «una carrera de fondo» donde la curiosidad por conocer al Señor nunca se agota.

Para muchas, este espacio ha supuesto un renacer. Haydee confiesa que el grupo ha servido para «reavivar» una fe que quizás estaba dormida, mientras que para Magali cada sesión es «fascinante», un descubrimiento de enseñanzas de las que no pudo nutrirse en su juventud. Ángela, que participa en el grupo de La Saleta, ha encontrado un nuevo pilar: «He hallado mucha fe en María y en un Dios que nos provee y nos cuida».



Mar también participa en el grupo de oración de madres de su parroquia

Un oasis necesario

«Es literalmente un oasis», insiste Haydee, describiendo la alegría y el alivio que siente cada martes. Es el lugar donde saciar la sed. Al final, todo converge en una gran verdad que Montse resume a la perfección: «Cuídate para cuidar». Estos ratos son un «regalo necesario para volver a la fuente», un paréntesis para dejarse sostener por el Señor. Porque estas cinco mujeres —Mar, Montse, Magali, Ángela y Haydee— han comprendido que, para poder sostener a sus familias con amor, primero necesitan dejarse abrazar por Él. ■

Oración de madres, ahora en el Cerro para celebrar misa

Se trata de una realidad que nació en Inglaterra en noviembre de 1995. Hoy está extendida en 134 países y en la diócesis cuenta con una amplia presencia. Además, tienen importantes novedades. Los grupos de Oración de madres del sur de Madrid, ahora tienen una cita los primeros viernes de mes a las 19:30 horas, en la Basílica del Cerro de los Ángeles para celebrar misa por sus hijos, familiares y por las distintas realidades de la diócesis. ■

«Le pido al Señor que me capacite para poder abrazar esta parte del leño»

Álvaro de Juana

Susana Moratilla padece dos enfermedades genéticas. A pesar de ello, no deja de bendecir a Dios

Conversamos con ella mientras se encuentra ingresada en el hospital. Desde allí también tuvo que vivir la Jornada Mundial del Enfermo de este año. Susana Moratilla y su marido viven entre Arroyomolinos y Humanes. Su vida de fe ha transcurrido entre la parroquia Nuestra Señora de la Asunción de esta localidad, la Inmaculada de Alcorcón y ahora en Santo Domingo de Guzmán. En esta última parroquia frecuentan el grupo de Madre de los Sacerdotes.

Su vida no es fácil. Sufre dos enfermedades genéticas: una de ellas pulmonar y otra autoinmune. En el momento de la entrevista padece una neumonía bilateral causada en parte por una bacteria alojada en su pulmón desde hace dos años. «Aquí estoy sirviendo a Dios en esta preciosa etapa que es la de enferma», asegura.

Sostiene que «la enfermedad la llevo bien» y recuerda cómo «un sacerdote maravilloso me dijo una vez que yo era preciosa a los ojos de Dios y que había sido elegida por Él para vivir con Él y compartir su cruz, y eso hizo que mi visión diera un giro». Desde entonces, «decidí alabar y bendecir a Dios por todo lo que me da en mi vida, incluida mi enfermedad». «De hecho, —continúa— a los que me quieren y me conocen les pido que no recen por mi sanación, sino para que el Señor abra en mí su voluntad». En este sentido, explica que «estoy intentando ser lo más fiel posible en esta enfermedad que me ha regalado, que para mí está siendo una cruz de gloria en la que puedo abrazarle y sentirme tan pequeña que no dejo de sentir su abrazo». E incluso va más allá: «me siento satisfecha al saber que esta enfermedad completará el sufrimiento que Él tendrá por las almas que están separadas de Dios. En casa sentimos



una especial llamada a cuidar de los sacerdotes y seminaristas y rezamos para que haya muchas vocaciones, vocaciones santas, y que las que estén en camino o ya lo sean, perduren y resistan a las tentaciones del enemigo».

Habla con dificultad, pero no quiere dejar pasar la ocasión de ofrecer su testimonio para otros que se encuentren en su situación. También para los que no estén enfermos y les pueda ayudar. «La fe y el sufrimiento en mi enfermedad son indispensables: sin ella no sabría vivir mis limitaciones. Tampoco sabría el valor del ofrecimiento que tiene para el Señor, o no sería capaz de ver cómo se completa su cruz a través de mi dolor». «Gracias a Dios por todo, pero en especial por la fe que me ha regalado», añade.

«Decidí alabar y bendecir a Dios por todo lo que me da la vida»

Sobre el futuro, prefiere no pensar. Quiere vivir el día a día y «estar en su presencia, poder saborear cada momento que me pueda regalar, estar a la escucha y esperar en Él, porque cada día me demuestra que me quiere y que está pendiente de mí en mi enfermedad, junto a nuestra Madre».

Al hablar de su familia se emociona. Quiere que se sepa que «es maravillosa». «Tengo dos hijos, Iván y Nerea, y mi marido Antonio. Sin ellos no podría vivir esta enfermedad. Ellos son el eslabón que nos une, es como un triángulo en el que está la Sagrada Familia de Nazaret».

En todo este proceso, la parroquia, su otro hogar, se torna esencial. En el grupo en el que participa «desde el primer momento aceptaron mi enfermedad y me cuidaron. Me siento verdaderamente amada por mis hermanos y muy cuidada por el párroco y el resto; son como mi familia».

Cada día pide a Dios «que me capacite» para «afrontar mi enfermedad» y «pueda seguir ofreciéndosela con amor y alegría». Además, reza para que «nunca deje de hacer su voluntad». Confiesa que en este último ingreso «ciertas situaciones me han resultado complicadas y le he estado pidiendo a Dios: «Señor, capacítame, capacítame; capacítame para poder abrazar esta parte del leño, este momento que Tú me has puesto delante». «Le doy las gracias por haberme elegido y ser su preferida». ■

La Iglesia es la posada

El pasado 11 de febrero hemos celebrado la Jornada Mundial del Enfermo para la que el Papa nos ha propuesto como lema «La compasión del samaritano: amar llevando el dolor del otro». En su mensaje, el Papa nos recuerda cómo «la compasión y la misericordia hacia el necesitado no se reducen a un mero esfuerzo individual». No se trata de cuidar individualmente. Es misión de toda la Iglesia salir al encuentro de quien sufre como consecuencia de la enfermedad. La Iglesia es la posada a donde el Buen Samaritano lleva al hombre herido y necesitamos aprender a acoger y cuidar. Jesús se presenta públicamente como uno que lucha contra la enfermedad y que ha venido para curar al hombre de todo mal: el mal del espíritu y el mal del cuerpo. El samaritano se detuvo, le regaló cercanía, lo curó con sus propias manos, puso también dinero de su bolsillo y se ocupó de él. Sobre todo le dio su tiempo, algo de gran valor en la cultura de lo rápido, de lo inmediato, de las prisas. La caridad tiene necesidad de tiempo, tiempo para cuidar y acompañar a los enfermos. Jesús nunca pasó de largo y hoy nos envía a cumplir su propia obra y nos dona el poder de sanar, es decir, de acercarse a los enfermos y cuidarlos hasta el fondo ¡Esa es la gloria de Dios! ¡Esa es la tarea de la Iglesia! Ayudar a los enfermos, no perderse en habladurías, ayudar siempre, consolar, aliviar, estar cerca de los enfermos ¡esta es la tarea! (cf. Papa Francisco, Audiencia 10-VI-2015). ■



José Luis Méndez

Director del Departamento de Pastoral de Salud de la CEE

¿Para quién eres?

Una pregunta que transforma la vida: consagrados en la diócesis de Getafe

Paloma Fernández Arias

¿Para quién eres? Esta es la cuestión que nos planteaba este año la Jornada Mundial de la vida consagrada. ¿Para qué existes?, ¿para qué o para quién existimos cada uno de nosotros? Una pregunta que no es sólo para quienes viven ya su vida en una congregación sino para todo bautizado.

Esta misma pregunta se la hizo Andrea Cervantes, una joven mostoleña de la parroquia san Juan de Ávila, que ha descubierto que ella «es para Dios», a través de su entrega a la vida consagrada en la Fraternidad Seglar en el Corazón de Cristo.

«La llamada a una entrega más plena al Señor fue un camino largo y progresivo. En mi interior había una certeza silenciosa de que el Señor me llamaba a ser solo suya, pero también mucho miedo», destaca.

Responder a la llamada del Señor, como cuenta Andrea, suele ser un camino de discernimiento y mucha oración, no exento de dificultades, donde la ayuda de Dios y la Virgen y el ejemplo de quienes la precedieron tiene mucha importancia: «el testimonio de una de las hermanas me ayudó a descubrir una forma de vida marcada por la entrega, el servicio y una profunda relación con el Señor, un amor que se transmitía y hacía presente a Dios», recuerda.

«Más adelante decidí conocer más de cerca a las hermanas de la Fraternidad y fui a un retiro con ellas, en el que el Señor me concedió muchas gracias y me permitió conocer más profundamente su carisma», recuerda esta joven mostoleña.

En este camino de oración, el Señor fue confirmando su llamada, y en Fátima decidió pedir la entrada en la Fraternidad.

Para Andrea, la vida consagrada en la Fraternidad está siendo «un verdadero regalo», en el que cada día se va formando, aprendiendo y compartiendo: «vivo esta etapa como un tiempo de gracia, de aprendizaje y de abandono confiado en las manos del Señor».

Algunos datos

Una de las características de la diócesis es la riqueza de carismas de vida consagrada. En los 48 municipios conviven **84 instituciones religiosas** a las que pertenecen **565 consagrados**. De ellos, más de un centenar se dedican a la vida contemplativa en **11 monasterios de clausura**. Las últimas en llegar han sido las Hijas de la Sagrada Familia, que se encuentran en Boadilla del Monte. ■



Jóvenes de la Fraternidad Seglar en el Corazón de Cristo



Celebración de la jornada de vida consagrada en la Catedral

Desde Perú para entregar la vida por los enfermos

Irma Cristina Palacios, religiosa de las hermanas hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, y originaria de Perú, sirve a Cristo en el servicio a los enfermos y necesitados.

Para ella: «la vida consagrada es una respuesta de amor al Amor que me ama y me llama cada día a ser expresión de la misericordia del corazón de Jesús; Jesús necesita ser mostrado a los hermanos, su amor misericordioso sigue valiéndolo la pena en este mundo herido lleno de desesperanza y violencia».

«Hace 12 años en un retiro de las hermanas hospitalarias y los hermanos de san Juan de Dios, durante la predicación del Evangelio del buen samaritano sentí que la llamada era para mí y después de un tiempo de discernimiento le dije sí al Señor, a la hospitalidad y a



Irma Cristina decidió servir a Dios como religiosa hospitalaria

compartir mi vida como expresión del amor de Dios a los hombres», subraya.

La vida consagrada: historia de un encuentro

El obispo de Getafe presidió la celebración de la Jornada Mundial de Vida Consagrada en la Catedral, destacando que «la vida consagrada nace de un encuentro con el Señor que cambia la existencia».

«La vida consagrada tiene la gracia de ver donde otros no ven, esperar donde otros desesperan, amar donde otros pasan de largo», dijo.

«La vida consagrada no es para uno mismo. No es refugio ni huida, no es comodidad. Es entrega alegre, generosa, confiada. Es comunión vivida cada día, incluso cuando cuesta. Es encuentro con el Señor que sostiene, con la comunidad que acompaña, con el mundo que espera». ■

Al servicio de los jóvenes y del Evangelio

La educación, la prevención y el amor hacia la juventud, son señas de identidad de la comunidad salesiana, y de su fundador, cuyo carisma impregna toda su obra, san Juan Bosco.

Este carisma fue lo que atrajo a Francisco Javier Zapata, párroco de María Auxiliadora, en Fuenlabrada, hacia esta orden: «lo que me fue atrayendo desde el principio, cuando entré en el aspirantado, en el Seminario menor, por así decirlo, era el ejemplo de los salesianos que teníamos a nuestro alrededor, cómo se entregaban, cómo ayudaban, cómo estaban con nosotros, siempre con cariño».

Ellos «nos inculcabas toda esa experiencia de Dios llevada a los demás, lo que se llama asistencia salesiana», recuerda.

«San Juan Bosco es un santo italiano del siglo XIX, pero su obra, presente en la diócesis, en sus centros juveniles, en el colegio Loyola, las parroquias de María Auxiliadora y Cristo Liberador, los hogares Don Bosco, y la asociación María Auxiliadora, sigue de plena actualidad», concluye este religioso ordenado sacerdote en 1984. ■

Tres años jubilares iluminan la vida consagrada: un tiempo de gracia



Comienza el jubileo franciscano

La diócesis de Getafe vive en 2026 un año especial que pone en valor la riqueza de la vida consagrada a través de tres años jubilares, que invitan a renovar la fe y profundizar en la oración desde distintos carismas: carmelitas descalzas, concepcionistas franciscanas y franciscanos.

El primero se celebra en el Carmelo del Cerro de los Ángeles con motivo del centenario de la fundación del convento por santa Maravillas de Jesús. En la misa de apertura, el cardenal Rouco Varela recordó que «los jubileos nos llaman a priorizar ese sí a Dios, ofreciéndonos el tesoro de gracia y de amor que la Iglesia ha acumulado a lo largo de los siglos». Para la comunidad carmelita, formada por veinte religiosas, este aniversario es «un año de gracias y bendiciones del Señor que nos acercarán más a Él y acrecentarán nuestra fe», señala la priora Madre Lourdes del Sagrado Corazón de Jesús.

Por su parte, las concepcionistas franciscanas en Aranjuez celebran el 50.º aniversario de la canonización de santa Beatriz de Silva. La madre abadesa, sor María Sacramento, subraya que este jubileo es «una oportunidad para volver el corazón agradecido a Dios». Los fieles están invitados a participar en celebraciones eucarísticas y encuentros espirituales para profundizar en la espiritualidad de la Inmaculada Concepción.

Finalmente, el jubileo franciscano, con motivo del 800.º aniversario de la muerte de san Francisco de Asís, se celebra en las parroquias san Pedro Bautista y san Francisco y santa Clara de Asís, así como en las comunidades de clarisas de Chinchón, Cubas de la Sagra, Pinto y Valdemoro. En la apertura del jubileo en Alcorcón, Mons. García Beltrán afirmó que «no es solo un aniversario, sino una llamada»,

recordando que el carisma franciscano invita a vivir el Evangelio con alegría y cercanía a los más pobres.

Estos lugares se convierten este año en espacios de peregrinación donde se concede el don de la indulgencia plenaria. ■



Concepcionistas franciscanas



Ramón García Saavedra
Vicario Episcopal para la Vida Consagrada

Una forma de conocer nuestro patrimonio espiritual

San Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Vita consecrata*, dice que la Vida Consagrada es un don precioso y necesario para el presente y el futuro del pueblo de Dios.

Esta celebración jubilar en tres instituciones distintas es una ocasión preciosa para dar gracias a Dios por estos carismas a la vida consagrada en nuestra diócesis y también una forma de conocer el patrimonio espiritual de estas tres congregaciones religiosas.

Nuestros consagrados están trabajando y anunciando el Evangelio en todos los frentes. Allí donde hay sufrimiento, sea en la enfermedad, la soledad, la ancianidad, la falta de recursos, la pobreza, pero sobre todo la falta de Dios, allí están nuestros consagrados con su oración y entregando la vida. ■

El pueblo que sabía que tenía un «santo» entre ellos

Carmen Álvarez Cuadrado, Huércal-Overa



Un momento de la beatificación de Salvador Valera / PEPE ALONSO

El recuerdo de sus padres, abuelos y de todo el pueblo de Huércal-Overa, situado en el noreste de la provincia de Almería, justo en el límite con la provincia de Murcia, ya olía a santidad desde el 15 de marzo de 1889, día en que murió su hijo más querido, Salvador Valera Parra, el Cura Valera. Siglo y medio después, el pasado 7 de febrero, fue reconocido oficialmente en su pueblo como beato de la Iglesia católica. Para los huercalesenses, no solo fue una celebración religiosa, sino la confirmación de una devoción transmitida de padres a hijos, que esperaban ver algún día a su párroco elevado a los altares.

Para los que ya no están

«Echamos de menos a mucha gente a la que le hubiera gustado estar con nosotros», explica Dori Parra, una vecina habitual de los actos parroquiales. Se levantó temprano para hacer fila a la entrada del espacio donde se celebró la Eucaristía y conseguir un buen sitio. Quería ser los ojos de quienes no pudieron acudir: «tengo el

primer recuerdo del Cura Valera desde que nací. Mi madre, las abuelas, hablaban de él y, para nosotros, siempre ha sido un santo». La emoción también aflora al recordar a su amiga Carmen Beltrán y pensar qué habría sentido al ver a sus hijos y nietos participar en un momento histórico. Para Mercedes Cervantes y Pepa Mena, lo esencial es que la devoción al nuevo beato siga viva en las familias, transmitida a los niños como ellas la aprendieron.

Lo que escondía el cuadro

Esa herencia ya ha llegado a Sofía, una niña de dos años que recorre el recinto entre 5.000 asistentes de la mano de su abuela. Observa el altar, adornado con flores y presidido por el Cristo de la Agonía, traído de la diócesis de Cartagena, en cuyo seminario se formó Salvador, y la Virgen del Río, la que fuera su devoción. Al otro lado, un cuadro cubierto por una tela blanca, que sería descubierto tras la lectura del decreto de beatificación. Aunque Sofía no comprende la magnitud del acto,

sabe perfectamente quién se esconde tras la sábana. Se gira, señala y afirma con naturalidad: «Ahí está el Cura Valera».

Un milagro en Estados Unidos

El que acaparó las miradas de políticos, sacerdotes y de los fieles fue Tyquan Hall, el joven estadounidense que recibió el milagro atribuido al Cura Valera. En 2007, siendo un bebé, llegó sin respiración a un hospital de Rhode Island. El médico huercalense Juan Sánchez intentó reanimarlo y, ya desesperado, se encomendó al sacerdote de su pueblo. Contra todo pronóstico, el niño se recuperó sin explicación científica: «el hecho de decirle a la familia que había fallecido, luego volver y decirle que no, la encomendación, todo esto lo tengo muy vivo». Años después, su presencia en la beatificación, junto a sus padres y la enfermera que lo atendió, era la prueba en carne y hueso de la santidad del Cura Valera: «Cuando ha terminado la ceremonia, les he dicho “Is this crazy?” (¿esto es muy loco?) y han dicho “yes” (sí), porque no se esperaban este tipo de alegría del pueblo, de hacerse fotos con ellos, pedirle autógrafos».

Los frutos del sacrificio

Durante meses, Huércal-Overa se preparó intensamente para la celebración. La Asociación, presidida por Josefina, trabajó sin descanso para que todo saliera a la perfección: «hay un montón de sentimientos encontrados. Teníamos miedo, pero ahora mucho orgullo». Carmen Cuadrado y



García Beltrán con las reliquias del beato / PEPE ALONSO

Andrés Navarro estuvieron día y noche al pie del cañón recibiendo llamadas constantes; José Juan Alarcón, postulador diocesano, ultimó cada detalle y Samuel se encargó de que la liturgia fuese la correcta y acorde a cada momento. El párroco, Francisco Jerónimo, se mostró sorprendido por la respuesta ciudadana: eran necesarios 80 voluntarios y acudieron más de 100, el reflejo de un pueblo volcado con su beato.

El obispo que representó al pueblo

La celebración reunió a numerosas autoridades eclesíásticas. El cardenal Semeraro, prefecto del Dicasterio para las Causas de los Santos, pronunció una homilía en español en la que destacó la sencillez de Salvador Valera y su dedicación a los pobres, definiéndolo como un «Evangelio viviente». Subrayó también la unión de las diócesis vinculadas a su vida y ministerio: la de Almería, Murcia-Cartagena y Getafe. Esta última, por su obispo. Ese día, toda la villa huercalense estuvo representada en la figura de Mos. Ginés García Beltrán. Fue el encargado de llevar la reliquia en procesión hacia el altar, precedido de una urna dorada que contenía los restos del ya beato entre cantos de «aleluya». En ese momento, el prelado no iba solo. Llevaba consigo Overa, que confirmó aquel día lo que ya era *vox populi*: los huercalenses siempre tuvieron un santo entre ellos. ■



El tapiz ya descubierto del cura Valera / PEPE ALONSO

Una vida para los demás

Andrés Álvarez

José María Pemán, en «El divino impaciente», pone en boca de san Ignacio de Loyola unas palabras que encierran una verdad muy grande acerca de la vida humana: «No hay virtud más eminente/ que hacer sencillamente/ lo que tenemos que hacer». Siguiendo lo que el Señor nos propone a través de las circunstancias del día a día, vamos respondiendo a la voluntad de Dios y vamos realizando nuestra vida, no conforme a nuestra idea limitada, sino según el proyecto de la Santísima Trinidad (siempre mejor que lo que uno puede llegar a imaginar). Así ha sucedido con la peregrinación a Huércal-Overa que hemos vivido recientemente en el Seminario, con motivo de la beatificación de Salvador Valera Parra, el Cura Valera: algo que ninguno habíamos planeado y que, sin embargo, ha resultado ser una gracia muy grande para todos nosotros.

El jueves 5 de febrero nos pusimos en marcha rumbo al Sur. El sacerdote Aurelio Carrasquilla, vicario de la Caridad de nuestra diócesis, con su homilía matutina del viernes, nos situó y anunció, en cierto modo, los dos grandes regalos que hemos recibido en esta peregrinación. Él nos dio las claves para vivir esos días.

Nosotros estábamos allí, en primer lugar, para contemplar un testimonio sacerdotal ardiente y humilde, acrecentando así de nuevo nuestro deseo de santidad y entrega, ahora y después en nuestro futuro ministerio; y en segundo lugar, para crecer en el conocimiento y amor a nuestro obispo Ginés García Beltrán. Y como decía, creo que ambas cosas se han visto realizadas en nosotros.

La visita a la ciudad de Murcia esa misma mañana; la acogida y la comida con los hermanos del seminario de san Fulgencio; la vigilia de oración en la parroquia de la Asunción de Huércal-Overa con nuestro obispo, los obispos de Almería y Cartagena y muchos de los fieles devotos de el cura Valera... todo ello fue preparándonos para la gran celebración del sábado. Allí, el cardenal Semeraro (prefecto del Dicasterio para la Causa de los Santos) destacó los dos rasgos más característicos de Valera, que dejaban ver en él la presencia misma del Buen Pastor para todos los que lo conocieron en vida y los que lo invocan hoy día tras su muerte: el Cura Valera, como el Buen Pastor, conocía a sus ovejas; y él, como el Buen Pastor, dio su vida por ellas. De la



Seminaristas en la beatificación del Cura Valera con el obispo de Getafe

relación íntima y cotidiana con el Señor brotaba la caridad pastoral y la disponibilidad para con todas las personas que Dios le iba poniendo en su camino. De esta manera hizo de su existencia una oblación continua a Dios y a los demás, y fue (como el mismo Cristo) consuelo y alivio para los que lo necesitaban. Un testimonio de vida para todo cristiano, y especialmente para nosotros.

Y si fue nuestro obispo el que nos presentó a Salvador Valera, ha sido Salvador Valera el que nos ha hecho conocer y amar más a Mons. Ginés García Beltrán. Conocer sus raíces, verle en su pueblo, en su parroquia, con su familia y amigos, saber de su infancia y su ministerio en Almería y Guadix, acompañarle y experimentar cómo nos ha hecho partícipes de su alegría con muchos gestos de generosidad y atención, ha sido un regalo que ninguno podíamos esperar. Agradezco a Dios los regalos que nos ha concedido, y le pido, por intercesión de (ahora también nuestro amigo) el beato cura Valera, que conceda a nuestro obispo y a todos nosotros el corazón del Buen Pastor. «Cura Valera, hazlo tú». ■

«Ignorar la IA sería dejar a nuestros jóvenes sin brújula»

Álvaro de Juana

Antonio Roura
Javier es director
del Secretariado
de la Comisión
Episcopal para
la Educación
y Cultura



«**C**ristianismo y mundo contemporáneo» es el título del ciclo de conferencias que la Delegación de Cultura de la diócesis ha elegido para estos próximos meses. La IA es la protagonista de la primera que pronunciará Antonio Roura, a la que le seguirá el cambio climático, la presencia cristiana en Oriente Medio y la Virgen María en Iberoamérica y Asia.

• Educación e Inteligencia Artificial... ¿Son realmente compatibles?

—Sí, siempre que no olvidemos qué significa educar. La inteligencia humana es un rasgo esencial del ser humano creado a imagen de Dios. La IA, en cambio, es una herramienta tecnológica, valiosa pero limitada. La educación —y especialmente la educación católica— es, ante todo, un encuentro personal. La compatibilidad nace de usar la técnica para potenciar lo humano, no para sustituirlo ni silenciar el rostro y la voz de las personas.

• ¿Están entonces condenados a entenderse?

—Más que una condena, es una misión. Ignorar la IA sería dejar a nuestros jóvenes sin brújula en un mundo digital. Pero acogerla sin pensamiento crítico también sería un error. Estamos llamados a un diálogo valiente que combine apertura, discernimiento y responsabilidad.

• ¿Qué papel juega la IA en la educación católica?

—Debe ser un instrumento al servicio de las personas. Puede ayudar a personalizar el aprendizaje y apoyar tareas técnicas, pero nunca convertirse en criterio último. El centro del proceso educativo sigue siendo el docente y la relación educativa. En el centro no hay individuos abstractos, sino personas concretas, con historia, vocación y dignidad.

Está cambiando el panorama educativo...

—Sin duda. Ya no basta con transmitir información; hoy educar es enseñar a pensar, a preguntar y a discernir. La escuela debe formar conciencias capaces de evaluar la credibilidad de las fuentes, reconocer sesgos, comprender intereses y distinguir entre información y verdad.

• Y entonces... ¿cómo se está trabajando desde la Iglesia?

—Esta preocupación es hoy una prioridad en el Magisterio de la Iglesia. León XIV insiste en que el desafío principal no es tecnológico sino antropológico. Por eso se impulsa una ética de la IA que ponga en el centro la dignidad humana y promueva responsabilidad, cooperación y educación.

• ¿Dónde se ven los beneficios para la cultura católica?

—En la conservación del patrimonio, la traducción, la investigación y, especialmente, en su dimensión social: identificar necesidades, optimizar recursos, promover la fraternidad y cuidar la casa común. Siempre desde una mirada crítica que pregunte a quién sirve la tecnología y a quién podría excluir.

• Cambiando de tema... ¿es hoy más necesaria que nunca la asignatura de Religión?

—Sí. La clase de Religión es un laboratorio curricular imprescindible para generar un diálogo profundo entre teología, inteligencia artificial, tecnología, ciencia y cultura, siempre al servicio del desarrollo pleno del alumnado. Frente a algoritmos que fragmentan o simulan relaciones, ofrece un espacio para integrar saberes, plantear las grandes preguntas sobre el sentido, la verdad, el bien y la dignidad humana, y ejercitar el discernimiento. No compite con otras áreas: las articula desde una visión humanizadora. ■

Entre ángeles, éxtasis y martirios: *Claudio Coello en el sur de Madrid*

Tiziana Valendino

Claudio Coello, uno de los artistas más insignes del Siglo de Oro, fue un maestro del retrato y la pintura religiosa. Muy valorado en la Corte de Carlos II, su obra se concentró en iglesias, monasterios y palacios madrileños.

La diócesis cuenta con varias obras que llevan la firma del autor y que ponen de relieve el extraordinario patrimonio del sur de Madrid.

El barroco es un estilo artístico influenciado por el Concilio de Trento y la Contrarreforma (siglo XVI), para recuperar a los herejes y consolidar la fe de los creyentes. Se trata de un movimiento artístico bien definido —para algunos es considerado incluso una postura ante la vida—, que apostó por la emoción, el naturalismo, el movimiento y el dramatismo. Abarca el siglo XVII y la mitad del XVIII.

En la diócesis existen varias pinturas del pintor madrileño. No todas están firmadas por él, sin embargo, estudiando el estilo, la composición y la técnica, varios críticos han certificado su autoría.

Nuestro viaje comienza por la **parroquia santa María Magdalena en Ciempozuelos**. Aquí encontramos el retablo barroco y el gran óleo que representa la **Apoteosis de santa María Magdalena** firmado por el mismo Claudio Coello en 1682.

Los críticos de arte tienen dos interpretaciones sobre lo que muestran. Algunos piensan que representa la muerte de María Magdalena que es llevada al cielo para gozar, finalmente, de la gloria de Dios. Otros creen que se trata del éxtasis de la Magdalena, es decir, un episodio narrado en «*La leyenda dorada*» del dominico fray Santiago de la Vóragine, del siglo XIII. En el texto, después de la Pasión y Resurrección de Cristo, María Magdalena, llena del Amor de su vida, sube a un barco hasta las costas de Marsella con Marta, Lázaro y Maximino, uno de los 72 discípulos de Jesús. Allí empiezan a evangelizar. Sin embargo, tan deseosa de entregarse plenamente a la contemplación, decide retirarse al desierto y vivir como una ermitaña en una cueva llamada «*Sainte Baume*» para realizar penitencia. Durante el resto del tiempo de su vida fue atendida y cuidada por los ángeles. Cada día



Apoteosis de santa María Magdalena, Ciempozuelos

era transportada por ellos al cielo para alimentarse de la Eucaristía que le entregaba el mismo Jesucristo.

Los ojos de María Magdalena miran al cielo, las manos están cruzadas sobre el pecho, en actitud de oración, y sus pies se encuentran desnudos, simbolizando la humildad tras arrepentirse. Viste una túnica gris en muy mal estado, consumida por el paso del tiempo y una capa de un color rojo intenso —en el barroco se seguían usando colores vivos y vibrantes, influencia de la escuela veneciana, en particular de Tiziano—. La nube sobre la que se arroja asciende impulsada por ángeles, algunos de los cuales sostienen los atributos iconográficos de la santa: la calavera, en alusión a la vanidad presente en su vida pasada y la brevedad de la vida, y los ungüentos con los que perfumó los pies de Cristo. La postura es dinámica

Despertar la mirada

y teatral para suscitar dramatismo, y las vestimentas son vaporosas, con pliegues para crear movimiento. La composición es en diagonal, es decir, con una perspectiva de abajo hacia arriba para alargar la figura. María Magdalena se convierte en el símbolo de la penitencia. San Francisco de Sales comentó que murió de amor y éxtasis.

De Ciempozuelos nos trasladamos a Valdemoro. En la **parroquia Nuestra Señora de la Asunción** encontramos dos óleos fechados en torno al 1680-1683: son los **retratos de los jesuitas san Francisco Javier y san Ignacio de Loyola**. El primero está bautizando a los indios, los nuevos hijos de Dios y, el segundo está evangelizando con su magnífica oratoria. Llevan las aureolas en forma de estrellas, típicas del barroco. Lo que más llama la atención de los dos santos son sus miradas rodeadas de un ansia mística muy intensa, que expresan una sincera devoción y piedad. Se generalizan las escenas de cuerpo entero que representan la cotidianidad.



San Ignacio de Loyola, Valdemoro

El patrimonio de la Iglesia es, quizá, uno de los tesoros más visibles y, al mismo tiempo, más desconocidos de nuestro entorno. Entramos en una iglesia, miramos un retablo, un cuadro, una imagen... y salimos sin ser plenamente conscientes de que acabamos de atravesar siglos de historia, de fe y de arte concentrados en un mismo espacio.

La publicación de un reportaje sobre Claudio Coello en la diócesis de Getafe es una muy buena ocasión para despertar la mirada. Porque no se trata sólo de admirar la firma de un gran pintor, sino descubrir que muchas parroquias, aparentemente sencillas y alejadas de los grandes circuitos culturales, conservan obras que dialogan de tú a tú con los grandes museos. La diferencia es que estas piezas permanecen en su lugar original: allí donde fueron creadas para acompañar la oración, la liturgia y la vida real de la gente. Ese es, precisamente, el rasgo más singular del patrimonio eclesial: no es un arte muerto, es un arte vivo. Son obras que han sido contempladas durante generaciones por quienes recibían el bautismo, se casaban o despedían a sus seres queridos bajo su mirada.

Sin embargo, la costumbre nos ha vuelto casi ciegos. Hemos dejado de mirar. Lo consideramos parte del decorado habitual cuando, en realidad, es extraordinario. Y no se valora lo que no se conoce.

Quizá baste un gesto muy sencillo para empezar a redescubrirlo: entrar en una iglesia con curiosidad, detenerse ante un cuadro, leer una inscripción, preguntar por su historia y dejarse sorprender. Entonces comprenderemos que ese patrimonio no es solo un vestigio del pasado, sino una invitación viva a contemplar nuestra historia común con otros ojos y a cuidar un legado que pertenece a todos.

El reportaje sobre Claudio Coello en la diócesis es una invitación a conocer, valorar y cuidar el patrimonio de la Iglesia. ■



Luis Manuel Vallecillos
Delegado de Patrimonio



San Francisco Javier, Valdemoro

En Leganés, en la **parroquia San Salvador**, en el ático del retablo de la Resurrección, a un lado del altar mayor, admiramos el **lienzo de Claudio Coello** fechado entre el 1691-1693. Está encajado en un **retablo obra de José Churriguera**, creador del estilo «churrigueresco» característico del barroco castellano, donde se impone la columna salomónica.

La escena representa «*La Transfiguración*», es decir, Cristo resplandeciente, flanqueado por las figuras de Moisés y Elías, con quienes dialoga. Más abajo, los apóstoles Juan, Pedro y Santiago atemorizados, y sobre ellos, la gran nube luminosa que les cubrió con su sombra y de la que salió la voz del Padre.

En el lienzo se observa cómo toda la centralidad y, por lo tanto, la importancia del cuadro reside en Jesús, que está muy iluminado. En contraposición, las vestimentas de los otros personajes son oscuras. Este juego de luces y sombras —claroscuro y tenebrismo— es una técnica barroca para crear profundidad. Además, la composición es centrífuga, es decir, las figuras se disponen a los lados de la pintura dejando en la parte superior una zona abierta de cielo.

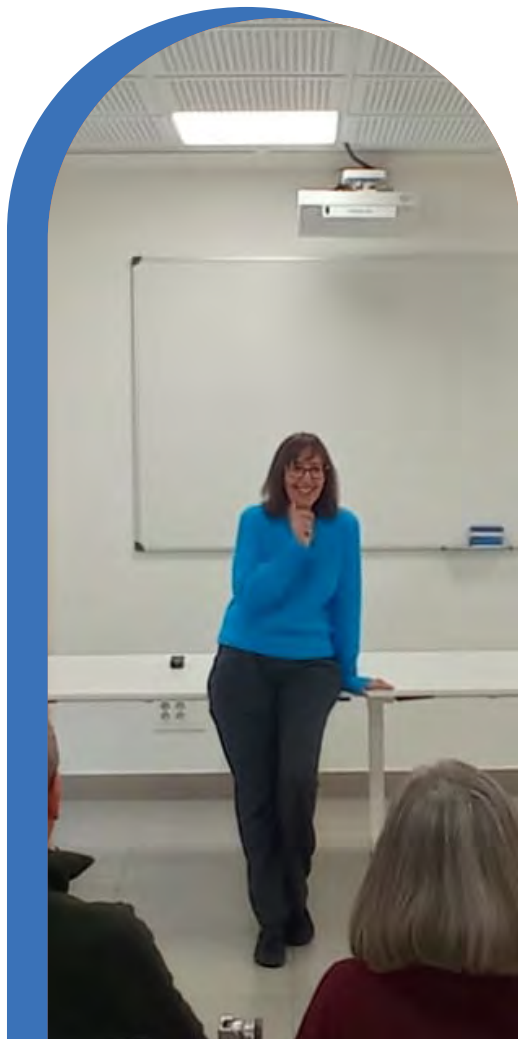
Un detalle: Claudio Coello muere en 1693 y el Marqués de Leganés contrató a José Churriguera para que realizara un retablo entre el 1701 y 1707, por lo tanto, unos

años después de la muerte del pintor. ¿Cómo es posible que el tallista madrileño incorporara a su obra una pintura de Coello? La historia cuenta que, en 1692, el dominico Fray Pedro Matilla, confesor de Carlos II, encargó a Churriguera el majestuoso retablo para el «Martirio de san Esteban», obra de Claudio Coello ubicado en el convento dominico de san Esteban, en Salamanca. Se deduce que, dada la relación de amistad y profesional, Churriguera tuviera en su taller óleos del pintor madrileño. La misma situación la encontramos en Fuenlabrada en **la parroquia San Esteban**: el lienzo de Coello la «*Lapidación de san Esteban*» está encajada en el retablo mayor, obra de Churriguera. En esta pintura, como su nombre indica, contemplamos el momento de la lapidación de san Esteban. El cielo se abre y la Santísima Trinidad recibe al diácono. Los ángeles donan a Esteban los atributos iconográficos del martirio: el cáliz porque ha lavado su vestimenta en la sangre del Cordero, la corona y la palma del martirio. ■



La lapidación de san Esteban Protomártir, Fuenlabrada

«Ahora tengo un título que me va a ayudar a encontrar trabajo»



Mi nombre es Karen, tengo 31 años. Llegué de Colombia con mi madre y mi hijo hace dos años. Vivimos de alquiler en Getafe en una casa compartida con otras familias. Actualmente no tengo permiso de trabajo y el poco dinero que conseguimos de trabajos esporádicos y sin contrato tenemos que emplearlo en el pago del alquiler.

Conocimos Cáritas Diocesana de Getafe al poco tiempo de llegar, a través de la parroquia san Sebastián, que está próxima a nuestro domicilio, dónde nos ayudaron con alimentos y nos informaron que había un servicio de ayuda para buscar empleo, la agencia de colocación de Cáritas, en la que me inscribí. Como yo aún no puedo tener un contrato, me han estado ayudando a conocer todos los recursos que tengo que utilizar cuando ya tenga mi permiso de trabajo.

Para prepararme de cara al futuro me propusieron realizar un curso de limpieza de superficies y mobiliarios de edificios y locales que impartían desde su área de Empleo. Aunque con mucha incertidumbre, ya que lo que yo necesitaba era trabajar, dije que sí. Ha sido una experiencia muy gratificante en la que he conocido a otras personas en situaciones parecidas a la mía y hemos compartido un espacio de apoyo y crecimiento.

En todo este tiempo me he sentido acompañada, escuchada y valorada. Ahora tengo un título que me va a ayudar a encontrar un trabajo más adelante; me siento más fuerte y agradecida de encontrar en mi camino a personas que me apoyan y se preocupan por los demás. Eso es muy importante cuando has dejado atrás toda tu vida y de repente, te encuentras en un lugar desconocido y en el que esperabas encontrar más rápido mejores condiciones de vida para ti y tu familia. ■



Cáritas
Diocesana de Getafe

BIZUM 01182 %

Transferencia: BBVA / ES77 0182 4817410200113609

Teléfono de atención al colaborador: 916 95 03 48

**AYÚDANOS
A AYUDAR
A QUIENES
MÁS LO
NECESITAN**





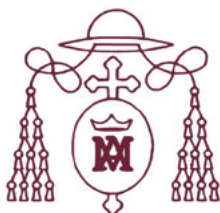
La mejor educación
para su futuro

JORNADA DE PUERTAS ABIERTAS 2026

17.00 P.M

25 de marzo

Colegio y Seminario Menor
Inmaculada y San Dámaso
CONTÁCTANOS PARA
CONFIRMAR TU ASISTENCIA
91 861 02 00
638 521 278
www.rozascscs.org



La Comisión para la implantación del Sínodo expone su preocupación por la «sobreactividad» de los sacerdotes

Redacción



La Comisión de implantación del Sínodo de la Sinodalidad de la diócesis se encuentra trabajando en la revisión y renovación de los órganos de participación y en el impulso de una auténtica espiritualidad sinodal. En un último encuentro, presidido por el obispo, Ginés García Beltrán, se constató el avance en la constitución de consejos pastorales parroquiales y arciprestales en ciudades como Alcorcón, Fuenlabrada, Getafe o Leganés, mientras que en las zonas rurales el proceso avanza con mayor dificultad. En este contexto, se subrayó la importancia de fortalecer el Consejo Diocesano de Pastoral y de crear redes entre consejos cercanos para favorecer la comunión y el trabajo conjunto.

Uno de los ejes centrales del diálogo fue la espiritualidad sinodal, entendida como escucha del Espíritu y llamada a una conversión interior que transforme las relaciones, los procesos de decisión y la misión. Se alertó también del riesgo de la «sobreactividad» pastoral y del cansancio, especialmente entre los presbíteros, invitando a revisar proyectos, compartir responsabilidades y cuidar la vida interior.

La comisión acordó, entre otras acciones, impulsar la formación de laicos, mejorar la comunicación de las novedades sinodales y preparar materiales de análisis y evaluación a nivel parroquial, arciprestal y diocesano. Asimismo, se avanzó en la elaboración de un estatuto marco para los consejos pastorales parroquiales y en la participación de la diócesis en próximas iniciativas formativas promovidas por la Conferencia Episcopal Española. ■



**Francisco
Armenteros Montiel**

Cultura • Evangelízate Este mes leemos



Título: Rezar como Jesús
nos enseñó
Autor: Francisco Javier
Bronchalo
Editorial: Nueva Eva
Páginas: 174

El autor, sacerdote diocesano, presenta un libro original como el subtítulo indica:

El padrenuestro desde el final hasta el principio. Y lo hace siguiendo el itinerario del hijo pródigo. Tiene un tono de sencilla y sincera confidencia; por tanto, con algo de autobiografía, lo que lo hace más creíble. Manifiesta una evidencia: la fidelidad de Dios; hay referencias frecuentes a la Virgen María, y al final de cada capítulo, que corresponde con cada petición del Padre nuestro, una oración compuesta por el autor.

Recomendable para confirmar a los que creen y pasan momentos de duda o debilidad, y para animar a los apartados, indecisos o no creyentes.

Es significativo que lo prologue la experta editora: Marta Moreno; lo que indica las esperanzas puestas en el interés de esta obra.

Nos trae el recuerdo de uno de los libros de otro sacerdote diocesano, Álvaro Piñero: *La amistad con Cristo en los escritos espirituales de San Claudio La Colombière*; el clero facilita la formación y vida espiritual de los feligreses. ■



Título: Ciberseguridad
en familia
Autor: Fernando Mairata
Editorial: Palabra
Páginas: 175

Es un hecho que el uso de las pantallas se ha generalizado, entre los adultos y entre los niños; son indudables las ventajas del mundo digital, pero también son evidentes los riesgos que lleva consigo.

El autor, un experto en ciberseguridad, presenta una guía en familia: práctica e inteligible; lo que podría ser algo técnico y complejo lo hace asequible, incluso fascinante.

Hace historia de la tecnología, señala los peligros que se presentan y ofrece herramientas de prevención.

El objetivo es construir hábitos digitales saludables en la familia, fomentar el pensamiento crítico, y las conversaciones y acuerdos que se planifican en familia.

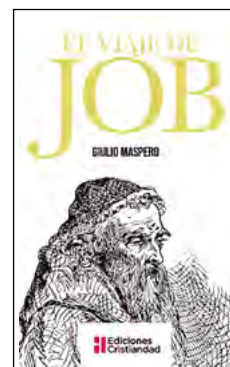
La lectura es recomendable para madres, padres, educadores, etc.

Más que un manual, «Ciberseguridad en familia» es una invitación a mirar la tecnología con otros ojos: los de la curiosidad responsable.

Los beneficios de la venta del libro irán destinados a la Asociación de Huérfanos de la Guardia Civil. ■



Título: San Pablo y la filosofía.
Una introducción a la esencia
del cristianismo
Autor: Olivier Boulnois
Editorial: San Pablo
Páginas: 301



Título: El viaje de Job.
Para pasar del caso de Job
a cada uno de nosotros
Autor: Giulio Maspero
Editorial: Ediciones
Cristiandad
Páginas: 111



Título: Los niños, el futuro.
Sobre la maternidad y su
posición en la sociedad.
Autor: Aziliz Le Corre
Editorial: Rialp
Páginas: 248

Nuestra Iglesia



Parroquia San Juan Evangelista, Quijorna

Declarada Bien de Interés Cultural en 1982

Paloma Fernández Arias



La parroquia san Juan Evangelista de Quijorna, situada en el centro del pueblo, fue edificada a finales del siglo XV o principios del XVI sobre una antigua ermita y conserva una estructura de tres naves con planta rectangular y ábside poligonal cubierto por una bóveda de crucería estrellada, característica del gótico tardío.

Su cuidado ha sido encomendado el pasado 22 de noviembre al sacerdote misionero Paul Schneider quien explica que «Quijorna, como Brunete y Villanueva de la Cañada, sufrió su destrucción en la *Batalla de Brunete*, durante la guerra civil española, donde la lucha entre ambos bandos fue encarnizada».

«Por lo tanto, las gentes de este pueblo de la Cuenca del Guadarrama tuvieron que reconstruir sus vidas y sus casas, y abrir sus corazones a la reconciliación», añade el párroco.

En los años 80 se realizaron obras para eliminar humedades y, desde 1982, el templo está declarado Bien de Interés Cultural.

«El interior de la iglesia cuenta con numerosas imágenes devocionales», explica Schneider, destacando especialmente las del retablo —una Dolorosa y un san Juan a ambos lados del crucificado—, así como Nuestra Señora del Pilar, la Virgen de Fátima y una Inmaculada. Las procesiones locales recuerdan al patrón, san Juan (27 de diciembre), a san Sebastián (20 de enero), a san Isidro (15 de mayo) y a la Virgen del Pilar (12 de octubre), patrona del municipio.

Actualmente, la parroquia da cobertura espiritual a más de 4.000 vecinos. «Esta parroquia tiene una misión de unidad: la fe y la comunión cristiana unen a quienes han nacido aquí, con arraigo de generaciones, y a quienes se han trasladado al pueblo», subraya Schneider.

El párroco mira al futuro con esperanza: «queremos crear un grupo de monaguillos y preparar actividades para niños y familias tras la misa». Además, destaca la participación de matrimonios jóvenes y grupos masculinos que siguen el itinerario ascético y espiritual *Exodus 90*, que combina fraternidad, celebración y disciplina.

«La parroquia es un espacio de encuentro y crecimiento espiritual, donde tradición y vida actual se abrazan», concluye Schneider, invitando a toda la comunidad a vivir y compartir la fe en Quijorna. ■